

Marguerite Yourcenar o las huellas de una vida*

«**Y**a se acabó el tiempo en que se podía saborear *Hamlet* sin preocuparse mucho de Shakespeare: la burda curiosidad por la anécdota biográfica es un rasgo de nuestra época, duplicado por los métodos de una prensa y de unos *media* que se dirigen a un público que cada vez sabe leer menos. Todos tendemos a tener en cuenta no solamente al escritor que por definición se expresa en sus libros, sino también al individuo, siempre forzosamente difuso, contradictorio y cambiante, oculto aquí y visible allá, y finalmente —quizá sobre todo— al *personaje*, esa sombra o ese reflejo que el propio individuo contribuye a proyectar a veces, por defensa o por bravata, pero más allá o más acá de los cuales el hombre real ha vivido y ha muerto en ese secreto impenetrable que es el de cualquier vida.

Hay aquí muchas posibilidades de errores de interpretación. Hagamos caso omiso de ellas, pero recordemos siempre que la realidad central hay que buscarla en la obra: en ella es donde el escritor ha preferido escribir, o se ha visto forzado a escribir, lo que al fin y al cabo importa.»

Esta reflexión que Marguerite Yourcenar escribe al comienzo de su obra *Mishima o la visión del vacío*, resulta esclarecedora a la hora de interpretar la propia biografía de la autora, que Josyane Savigneau nos ofrece, consciente de sus limitaciones, de la «ficción que constituye toda mirada sobre una vida». Con ese mismo espíritu con el que Marguerite Yourcenar se adentra en las «zonas de sombra» de Mishima, Savigneau —conquistada de antemano por la lectura de sus obras, impresionada después por aquella mujer singular, imprevisible y seductora a la que tuvo oportunidad de entrevistar en 1984 y con la que pasó varios días en 1987, en su casa de los Montes Desiertos— nos conduce hasta el temblor oculto y el humano misterio de una de las más grandes escritoras de todos los tiempos. Con impecable rigor y apasionado fervor, Savigneau profundiza en «ese secreto impenetrable» de la vida de Marguerite Yourcenar: su infancia, sus ancestros, sus amores, su nomadismo, sus gozos y sus calvarios; y todo ello tejido con los nudos inseparables de su obra. Después de leer

* Josyane Savigneau: Marguerite Yourcenar. La invención de una vida. Traducción de Emma Calatayud. Alfaguara. Madrid, 1991, 574 págs.

esta biografía cobran aún un significado más intenso aquellas palabras de Adriano: «Arriano sabe que lo que verdaderamente cuenta es lo que no figurará en las biografías oficiales, lo que no se inscribe en las tumbas.» Marguerite Yourcenar sabe y Josyane Savigneau sabe que en los espacios en blanco que separan cada línea de texto que contiene esta biografía, hay otra biografía paralela, todo lo no contado, que se pone aún más de relieve por la fuerza de lo escrito. No es ésta una biografía oficial, sino un retrato captado con la fidelidad de la pasión. No es un epitafio, sino la constatación de una eternidad con la que Marguerite Yourcenar, como Adriano, puede seguir diciendo: «He tenido una suerte análoga a la de ciertos jardineros: todo lo que traté de implantar en la imaginación humana ha echado raíz», y añadir: «No todos nuestros libros perecerán: nuestras estatuas mutiladas serán rehechas, y otras cúpulas y frontones nacerán de nuestros frontones y nuestras cúpulas; algunos hombres pensarán, trabajarán y sentirán como nosotros; me atrevo a contar con esos continuadores nacidos a intervalos irregulares a lo largo de los siglos, con esa intermitente inmortalidad.»

Siempre se trataba de voces. Las voces llegarían a ella a través del recuerdo y de la historia. Basta un recorrido por su obra para observar ese particular y respetuoso estilo de dejar hablar a sus voces, Alexis, Adriano, Zenón. Llamó a Alexis «el retrato de una voz», su agudeza musical le llevó a escuchar la entonación precisa de cada uno de ellos sin barreras de tiempo ni de espacio («La manera más profunda de entrar en un ser sigue siendo escuchar su voz, comprender el canto mismo de que está hecho»). Y su vida se fue llenando de voces cercanas, que permanecieron aún después de abandonarla (Michel, André, Grace, Jerry), y de aquellas otras que venían de muy lejos a quedarse. Las de la infancia resonaban con acento especial; de ello nos ha dejado su testimonio en el último tomo de su trilogía familiar *¿Qué? La eternidad*, y en sus conversaciones con Matthieu Galey, recopiladas bajo el título *Con los ojos abiertos* (entrevistas que la propia Yourcenar revisó y que, junto con la biografía de Savigneau, constituye una fuente imprescindible para acercarnos a la autora). Entre los montes de Flandes, donde vivió hasta los ocho años con su padre y su odiada abuela Noemí, la hierba, las flores salvajes, el horizonte que algunos días llegaba hasta el Mar del Norte, estaba Mont-Noir, el castillo de los Cleenewerck de Crayencour situado en el norte de Francia, que sería devastado en la Gran Guerra. Fue el paraíso de la iniciación, el descubrimiento de la naturaleza que tanto amó durante toda su vida. Había nacido en Bruselas —en una casa alquilada especialmente por su madre para la ocasión, ya que prefería dar a luz en su país natal y allí encontró su muerte también diez días después, a causa de la fiebre puerperal— y con poco más de un mes de vida y huérfana de madre, llegó a Mont-Noir. Tuvo allí sus primeros amigos, una cabra, a la que su padre había dorado los cuernos, la burra Martine, los conejos que jugaban en la maleza. Yourcenar no vio un retrato de su madre antes de sus treinta y cinco años, tampoco notaría especialmente su ausencia. Siempre rodeada de gente, bajo la atenta mirada de su padre y sus viajes constantes entre Mont-Noir,

las playas de Holanda o de Bélgica, que tanto le gustaban, o aquellos inviernos en el Midi francés rodeados por varios criados a los que ella recordaría más tarde (el viejo cochero, Achille; el chófer, César; el jardinero, Héctor; Hortense, la cocinera, Madeleine, Marie, Joseph, Bárbara...) Y la abuela Noemi, a la que detestaba abiertamente por su «burguesía posesiva», y en la que parecía ver cierta encarnación del mal, como explica en *Archivos del Norte*.

En 1912, su padre, Michel, vende Mont-Noir y se traslada con ella a París. Marguerite Yourcenar tiene nueve años; no volverá a pisar la tierra de Mont-Noir hasta 1977, sesenta y cinco años después, cuando el maestro Louis Sonnevile le envió una caja con tierra de Mont-Noir y unos bulbos de jacinto, gesto que le emocionó y le llevó a visitarlo. Se encontró un paraje tomado por la maleza, ni rastro del castillo. Para entonces la vida le había enseñado ya los efectos de un tiempo que nunca transcurre en vano y todo lo que se había ido llevando a su paso.

París, una nueva etapa. Estrecha relación con su padre, Michel de Crayencour, hombre culto, impulsivo e independiente, también despreocupado por el futuro, jugador y siempre rodeado de mujeres, que tuvo sobre ella una influencia decisiva en sus lecturas (Huysmans, Tolstoi, D'Annunzio, Ibsen, Virgilio, Homero, Selma Lagêrlof...), en sus recuerdos («Me dio una memoria que se extendía hasta dos generaciones anteriores a la mía»), en su nomadismo («No es nada, nos importa un camino, no somos de aquí, nos vamos mañana»). Con su padre estudia idiomas y junto a él tomará conciencia de su vocación de escritora, alentarán sus primeros balbuceos literarios y juntos elegirán el nombre con el que pasará a la historia de la literatura, Marguerite Yourcenar. Comenzó escribiendo poemas. Tenía dieciséis años cuando terminó *El jardín de las quimeras*, lo que antes había sido un drama en verso sobre los sueños de Icaro. Muchos años después, y aún reconociendo la ingenuidad de esta composición, afirmaría que sus temas de interés estaban ya en aquel primer germen: los sueños, el amor, la muerte, los mitos. Publica *El jardín de las quimeras* a los dieciocho años, y *Los dioses no han muerto* a los diecinueve, ambos pagados por su padre. Con el tiempo renegaría de estos libros por considerarlos obras demasiado prematuras e imperfectas. Durante los años veinte se intensifica también otra de las constantes de su vida, los viajes. En 1914 había sido el viaje necesario de la huida, el exilio durante un año en Londres, donde pudo contemplar una imagen de Adriano por primera vez (una escultura en bronce que le representaba «viril y casi brutal», en el British Museum). Ahora descubría Italia, contempló la marcha sobre Roma, que más tarde le inspiraría *El denario del sueño* y conoció la villa Adriana, donde haría pasear de nuevo a aquel emperador meditabundo que se enfrentaba con serenidad a la muerte.

Marguerite sueña con escribir novelas, grandes novelas, trabaja en un gran proyecto en el que se entremezcla la historia de varias familias a través de cuatro siglos; se trata de *Remous*, un intento que abandonará, pero en el que están germinando ya buena parte de sus libros posteriores (*Opus nigrum*, *Ana Soror*, *Recordatorios*, *Archivos del Norte*). Siempre se refería a sus proyectos de los veinte años como punto

de partida de su destino literario. Su camino está decidido y será imparable. Se pone en marcha su búsqueda de una palabra que dignifique el pensamiento, un método que durante el resto de su vida le hará volver una y otra vez sobre sus pasos para recuperar los destinos de sus personajes y perfeccionar «la belleza sagrada de la forma». Sobre las ruinas, las desapariciones de sus seres queridos, el descubrimiento del amor y de la muerte, se van edificando esas otras vidas paralelas de sus personajes. Los primeros veinte años de su vida son quizá los menos conocidos de su biografía, pero también los cimientos de toda su obra. Inversamente proporcional a la devastación que el tiempo va imponiendo sobre esos años, parece la fortaleza interior que se va levantando en torno a ellos. Marguerite Yourcenar, en poco tiempo, no tendrá casas a las que volver, ni familiares con los que conversar, ni patrimonio que proteger. Comienza a estar mejor «en otra parte», porque lo más valioso lo lleva dentro de sí, sabe que «podría partir furtivamente sin ninguna dificultad. Se muera donde se muera, se muere sobre un planeta».

La muerte de su padre en 1929 cierra una etapa de su biografía. A partir de ese momento su vida cambia radicalmente. Es entonces cuando la biografía de Josyane Savigneau gana en intensidad y aporta datos hasta ahora casi desconocidos o ignorados sobre la vida afectiva de Yourcenar y sus estrechos vínculos con su creación literaria. Publica su primera novela, *Alexis o el tratado del inútil combate* en la editorial Grasset, donde conoce a André Fraigneau. La Yourcenar secreta que eludía las confidencias y silenciaba las anécdotas de su vida para dar prioridad a sus libros, queda aquí un poco más revelada, más humanizada también por la mirada natural y nada morbosa de Josyane Savigneau. Muchos, probablemente, se acercarán a esta biografía con la curiosidad de descubrir esos datos de su vida íntima, casi siempre silenciados por desconocimiento o pudor: su pasión desenfadada e imposible por, André Fraigneau, homosexual y más tarde pronazi, que la rechaza una y otra vez; su fascinación por la vida nocturna, los salones de té donde se encontraban las mujeres, los barrios de prostitutas y el libertinaje; su amor por otras mujeres como Lucy Kyriakos; su relación, ya anciana, con otro homosexual, Jerry Wilson; y sobre todo, esa inquietante y misteriosa relación que duró más de cuarenta años con Grace Frick. Datos que, por sí solos, son el argumento de una vida intensa, libre de prejuicios, escrita con la medida de la dignidad de un destino individual. Datos que, en cualquier caso, no dejan de ser anécdotas vitales, intimidad de una escritora llamada Marguerite Yourcenar, que nos ha dado la oportunidad de conocer otras intimidades universales, la de profundizar de forma irrepetible en la esencia del hombre, con sus esplendores y debilidades. *Memorias de Adriano*, *El tiro de gracia*, *Fuegos*, *Opus nigrum*, *Como el agua que fluye...* meditación serena en torno a la existencia, tratado sobre el aprendizaje de la vida, humanismo ético que escapa al tiempo concreto, estética del pensar hecho palabra humanizada, que, lejos de arqueologías y disecciones racionalistas, nos aproxima al ser con todas sus contradicciones. Josyane Savigneau retrata también a una Marguerite Yourcenar a la que «da vida más allá de la solemnidad de la esta-